

Al terminar el estudio de la novela *La voz de la campana* me dolía que Dobles hubiera dejado en el rincón su pluma de oro. Por fortuna, la queja era infundada. Aún en medio de las preocupaciones profesionales que todo lo quisieran monopolizar, el novelista no ha olvidado los encantos del producir. Tiene listo para ser editados: un drama, de fondo histórico, una novela de corte romántico.

Como admirable poeta que es, Dobles cree en el destino. Piensa que todo está escrito. Esa creencia de vida, deliciosa vida, a la novela que ha tenido el privilegio de leer en el propio original.

Es avaro el autor en esta narración. La hizo demasiado corta. Pareciera que el deseo de llegar al final lo apremiara desde el principio. Hay impaciencia nada natural porque el tema, muy bien escogido, se presta para ir despacio, para detenerse en uno y otro detalle necesario, para deleitar, a quien lee, con episodios que sería interesantes por la forma que el novelista sabe darle a cuanto describe.

Argumento sencillo. Como el de la primera novela de Dobles. Una carta que se olvida entre las hojas de un libro. Una novela que, como tantas otras, llega a caer en las manos ignorantes de un vendedor de cosas viejas. El capricho de un estudiante de derecho que pretende releer la novela preferida. El azar impone, en uno de sus tantos caprichos, que ese volumen sea el mismo que, celoso, guarda la misiva olvidada.

Las frases deliciosas de la carta perdida en las páginas de un libro, hacen que el muchacho, romántico a pesar de nutrirse de código, busque la manera de conocer a quien escribió aquellas frases de consuelo apenas mitigado, firmada con una inicial que nada dice y que todo lo deja imaginar.

Quiere el destino que el joven curioso y la mujer que acaba de perder el único refugio de las almas delicadas, el regazo acogedor de la madre, se encuentre él uno frente a la otra. Nace un amor sincero y profundo.

Tenía que suceder, es una confidencia hecha, con devoción íntima, a la suave claridad de una luna temerosa. Con profunda emoción, es preciso leerla. Tal vez evoque, en nuestros espíritus, el recuerdo de los años, casi olvidados, en los que teníamos fe en el amor a primera vista, en la sinceridad de cuanto se nos decía y en lo perenne de una pasión eterna que apenas vimos durar ocho días.

La obra está escrita con primoroso cuidado. Su estilo está en perfecta armonía con el tema. En ciertos instantes no parece escuchar, en las frondas vecinas, los nostálgicos violines que murmuran al paso sigiloso de las hadas del amor.